

Fortuito

(Amor eterno e inolvidable)

César Alzate Vargas

Periodista, escritor y profesor de la Universidad de Antioquia, autor de las novelas *La ciudad de todos los adioses*, *Mártires del deseo* y *La familia perfecta* y del volumen de cuentos *Medellinenses*, cesar.alzate@udea.edu.co

En el puerto de Ítaca
al que arribo por fin
desciendo del barco que me trae
de mil playas cuya ubicación no sé nombrar
escucho el llamado por otros viajeros
sueño con las distancias
y me voy.

Me adentro en la isla.
Durante mil años
exploro sus confines
luchó con mil adversarios
a otros tantos decido amar
y al fin,

una tarde,
en la jardinera de un árbol frondoso
te encuentro.
Nuestro rincón de Ítaca se llama...
(poner aquí la leyenda de cada uno;
la nuestra es Medellín).
No decís “hola”
no digo “por fin, al cabo de tantas peripecias”;
no te hablo de mis viajes
no me hablás de los tuyos
iniciamos una charla que no termina
y un día en la habitación
—el mundo afuera, tempestuoso—
nos citamos a jugar. En el corazón intemporal
del infinito
al fin nos hemos encontrado.
Retozamos en la cama
sos en la orilla, yo en el rincón
los dos encima y debajo, al lado. Pienso.

En la gran playa del mundo
somos dos granos de arena
llegados aquí
fortuitamente
desde confines diversos
de otras playas
—a la vez lugares e instantes—
a los que fuerzas
benéficas

burleteras
ajenas, indiferentes
han dado en juntar. Estamos a gusto
creemos:

Después nos alcanza una ola,
en su retirada
nos pierde
por rumbos separados del mismo océano.
Algo así dice el budismo que es la vida
Algo así dice el budismo que es la muerte
Algo así dice el budismo que son los encuentros
Algo así, en últimas,
disponen tantos otros dioses.

Yo
que fui criado creado
por otras formas de la fe
cierro los ojos y conjuro un deseo:
oh, gran océano del mundo,
de la vida y de la muerte,
en el que estamos, en el que somos,
sigue agitando tus fuerzas
para que una vez
en fortuitos confines
les sea dado juntarnos de nuevo
y que vuelva a suceder
mil y una veces más
y mil y una veces mil y una veces más
incluso si no somos
cada vez
estos hombres
que ahora retozan
en una cama
a un billón de kilómetros de ninguna parte
y a un trillón de años
de ningún instante
en Ítaca ahora, nuestra provincia entre montañas
“te amo”, digo
“te amo yo a vos”, decís
usando las maneras más pedestres
que nos producen
el regocijo



de haber llegado aquí
y la ignorancia
(lo sabemos, pero no tenemos que expresarlo)
de que será fugaz.

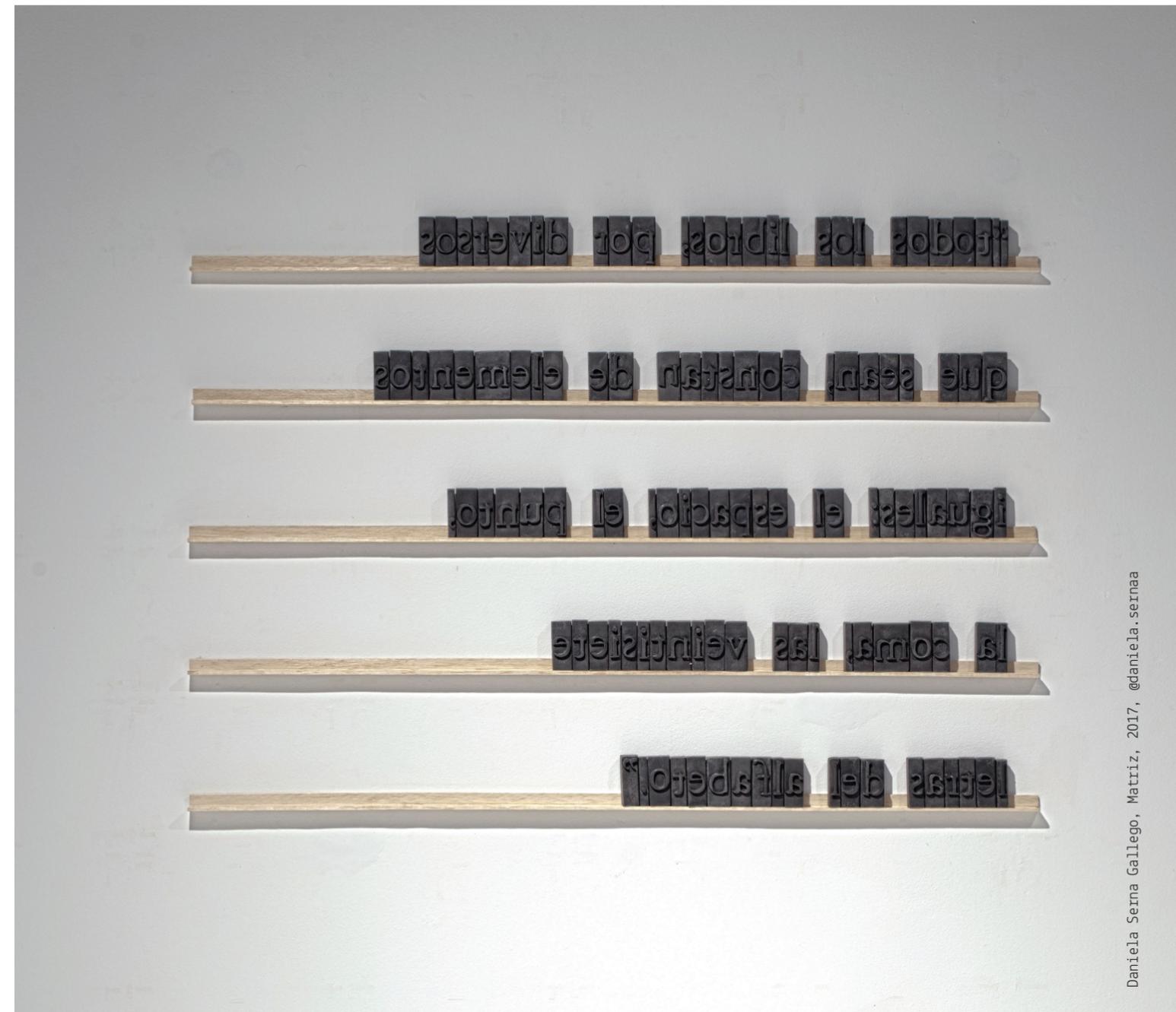
Te amo yo a vos, pienso
y no me importa que haya
maneras
más elaboradas
de decirlo.
En el fondo acepto
que esta es la fuerza
que habrá de llevarnos
mil y una veces más
y mil veces mil y una veces más
a esos fortuitos confines
donde yo te aguardo
adonde vos llegarás
retozón,
después de mil y un encuentros
con diversos granos que también
serán tu arena,
dispuesto a ocupar tu lado
de nuestra cama.
Con mi aliento de antes del baño
te digo las palabras
y jugaremos a las batallas
entre hombres que se acaban amando.
“Enredada en mi aliento
te llevaré a la eternidad”, anunciaba una Bruja amiga.
Enredado yo a vos —corrijo y te miro—
te llevaré por la eternidad.

Aunque no seamos cada vez
los mismos de los que ahora nos aferramos.
Esos individuos otros: ojalá sean hombres
pero pueden ser también medusas
o fugaces estrellas atisbadas por un marinero
—el amor encarna en tantas formas—.
Lejos se oye
la sirena de llamada
del barco en que otra vez me iré.
“Yo me quedaré: es otra forma de partir”,
murmurará sonriendo
evocando a un pobre aeda. Vulgar, pero eficaz
para decir el adiós.

Soy un hombre hecho de arena,
una medusa, un ácaro,
y son muchos mis granos, juntos hoy,
que al dispersarse
mil y una veces más, etcétera,
habrán de juntarse, por separado tal vez, con los que te integran
en los confines
de playas que aún no son.

Algo así disponen los dioses
(llamados Eternidad, llamados Infinito, iguales a nosotros).
Callo.

(junio 4 de 2020/julio de 2023)■



Daniela Serna Gallego, Matriz, 2017, @daniela.sernaa